

3. Mujeres y varones entre el mercado laboral y el cuidado familiar

Eleonor Faur

Ania Tizziani

En los años ochenta, el italiano Ettore Scola dirigió *La famiglia*, una película sobre una familia de Italia de buena posición económica. El film recorre las distintas etapas en la vida de un reconocido profesor de filosofía, desde los albores del siglo XX y sus tiempos de estudiante, pasando por su graduación y su rol como jefe de hogar a la vieja usanza, hasta el momento en que nace su primer nieto. En este derrotero, hay dos personajes femeninos centrales. Son hermanas y encarnan modelos de vida dicotómicos. Una se casa con el protagonista, se dedica al hogar, a los hijos y al bienestar de su marido. Abandona sus estudios y toda actividad que la distraiga de la órbita doméstica. La otra, que había sido el gran amor de juventud del profesor, termina convirtiéndose en su cuñada. A diferencia de su hermana, esta mujer desarrolla una exitosa carrera como pianista de música clásica, no consolida ninguna relación de pareja, ni tampoco tiene hijos. Estas vidas están basadas en un canon en función del cual, cuando de mujeres burguesas se trataba, las esferas de la casa y del mercado de trabajo eran prácticamente irreconciliables. A los hombres, el papel de proveedores los dotaba de un particular prestigio y también los eximía de los menesteres cotidianos relativos al cuidado. Si bien este modelo no fue universal, lo cierto es que estas disposiciones marcaron, sobre todo, un canon económico, político y moral, que se vio alterado de raíz –y de manera acelerada– en las últimas décadas (sobre las transformaciones familiares, véase Jelin en este mismo volumen). A la par de estas tendencias, la participación femenina en el ámbito laboral se incrementó de forma sostenida a partir de las últimas décadas del siglo pasado, sobre todo en aquellas que viven en pareja y tienen hijos a cargo (PNUD, 2014; Cerrutti y Ameijeiras, 2016). Para las mujeres contemporáneas, el trabajo fuera de casa y la vida familiar se articulan en un continuo sin interrupciones. En este sentido, el cuadro de

situación actual da cuenta de una transformación profunda en las relaciones de género dentro y fuera del hogar. Pero ¿hasta qué punto los cambios objetivos en la participación laboral de las mujeres modificaron también los roles de ambos géneros en el cuidado familiar? ¿Podemos sostener que el ocaso de un viejo orden dio lugar a uno completamente nuevo –con responsabilidades compartidas entre hombres y mujeres–? ¿O, como diría Antonio Gramsci, nos encontramos en un *interregnum*?

En el presente capítulo, analizaremos los modos en que hombres y mujeres contemporáneos organizan y experimentan la relación entre la vida familiar y laboral. Comprenderemos el vínculo entre el mundo laboral y la familia como un “objeto social” con peso propio (Barrère-Maurisson, 1999), para explorar en qué medida esa “vieja” imagen de organización familiar y de roles de género asociados a ella se reactualiza en la experiencia de nuestros días. En esta dinámica, nos interesará indagar, especialmente, los condicionamientos y posibilidades divergentes en el interior de ambos géneros,¹ asociados con la pertenencia de clase y los límites que esta imprime en las vidas de las mujeres de sectores populares. Tal exploración permitirá cuestionar el punto de vista binario que trazaba fronteras entre “casa” y “trabajo”, al reflejar sus continuas interacciones (y tensiones).

El estudio se nutre de datos cuantitativos y cualitativos correspondientes a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) y el Conurbano. En primer lugar, analizaremos información estadística novedosa, proveniente de la Encuesta Nacional sobre la Estructura Social (ENES),² relevada en 2014-2015. Ello nos permite afinar la mirada sobre la participación laboral y la doméstica, y además comparar la situación de varones y mujeres de distintos niveles

1 Si bien la mirada sobre hombres y mujeres heterosexuales con hijos no abarca la totalidad de experiencias de cuidado y trabajo remunerado desde un punto de vista de género, ese será nuestro recorte en el presente capítulo, debido al interés en interrogarnos sobre las transformaciones respecto del modelo ilustrado por Ettore Scola.

2 Se trata de una encuesta representativa enmarcada en el Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (Pisac), iniciativa conjunta del Consejo de Decanos de Facultades de Ciencias Sociales y Humanas de la Argentina y el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva de la Nación. Dicha encuesta relevó información de 8265 hogares de las diferentes regiones del país.

socioeconómicos. En todos los casos, nos referimos a adultos que conviven con sus hijos e hijas de hasta 14 años.³ En segundo término, ahondaremos en investigaciones cualitativas realizadas desde 2008 en el contexto de distintos proyectos en los que participamos. Abrevaremos en diferentes materiales: entrevistas en profundidad y relatos de vida de hombres y mujeres de diferentes sectores sociales, que participan en el mercado de trabajo y que tienen hijos en edad escolar.

Si las estadísticas contribuyen a poner las experiencias individuales en perspectiva, en tanto miden, sopesan, establecen promedios y diferencias significativas entre grupos, el abordaje cualitativo nos permite adentrarnos en aspectos más sutiles, que vinculan las miradas de mujeres y hombres respecto de estos tránsitos, los supuestos acerca de las relaciones de género, y las formas de vivir y de pensar sobre sus posiciones relativas en el mercado laboral y en la familia. El marco completo revela los recorridos, elecciones, tensiones y renunciaciones de los hombres y las mujeres a lo largo del ciclo de vida personal y familiar. Nos permitirá, por tanto, trazar algunas tendencias de cambio, pero también continuidades asombrosas para los tiempos que corren. Continuidades que parecen indicar que, aún en la actualidad, el cuidado constituye uno de los nudos críticos de las desigualdades de género.

¿QUÉ DICEN LOS NÚMEROS?

Colocar en primer plano los arreglos laborales y familiares que mujeres y hombres construyen en el día a día abre una serie de interrogantes. ¿Cuánto participan las mujeres y los varones contemporáneos en el trabajo remunerado, en las tareas domésticas y en la atención de niños y niñas? ¿Cómo se expresa esa participación entre varones y mujeres de distinto nivel socioeconómico? Según

³ Como variable *proxy* a la cuestión de clase (es decir, que nos aproxima con significativa precisión a las desigualdades socioeconómicas), utilizaremos el nivel educativo de las mujeres y los hombres analizados. Para los datos en los que los hogares son las unidades de análisis, emplearemos el nivel educativo del principal sostén económico del hogar.

la información analizada, en la CABA y el Conurbano bonaerense, más del 95% de los hombres adultos que conviven con sus hijos e hijas de hasta 14 años se encuentra ocupado, con una dedicación promedio que supera las cuarenta y dos horas semanales, y apenas el 3% se declara inactivo (no trabaja, ni busca hacerlo). Estos patrones son similares para todos los varones, más allá de su nivel educativo. En el caso de las mujeres que conviven con sus hijos e hijas de hasta 14 años, la situación es muy distinta. Entre ellas, se presenta una diferencia significativa en la participación laboral entre quienes cuentan con secundario completo y más, y quienes no alcanzaron a finalizar el secundario; diferencia que no se percibe entre los varones (a pesar de que las condiciones de trabajo de unos y otros difieren).

Las mujeres con mayores grados de educación presentan niveles de ocupación más elevados (69%), sin llegar a alcanzar los estándares masculinos. Por otra parte, este grupo muestra tasas de “inactividad” del 26%, un valor impensable para los cánones de la masculinidad. Ahora bien, si nos enfocamos en la situación de quienes tienen menor grado de educación, encontraremos menor participación, altos niveles de inactividad y también mayor tasa de desempleo. Sólo el 49,6% de las mujeres que conviven con hijos e hijas de hasta 14 años, con estudios secundarios incompletos, se encuentran ocupadas, mientras que el 42% son inactivas. En cuanto al tiempo dedicado al trabajo remunerado, las mujeres más educadas invierten un promedio de treinta y una horas semanales, y las otras, veintisiete; es decir, cerca de un tercio menos que los hombres.

El panorama actual muestra una importante aceptación y valoración del trabajo de las mujeres fuera de la casa, sin que ello implique –indefectiblemente– un límite al desarrollo de su vida doméstica. Sin embargo, y pese a que muchas mujeres trabajamos tanto como (y más que) los hombres, en promedio, la participación económica femenina en el mercado difiere de la masculina, mientras que las prácticas del cuidado y atención de las familias poco se han modificado. En todo caso, las mujeres han agregado tareas, responsabilidades y nuevos mandatos sin haberse desprendido de la histórica responsabilidad de cuidado y atención de los miembros de su hogar, como indica la literatura especializada. La ecuación muestra que, si sumamos el tiempo de trabajo remunerado y el no remunerado, la brecha entre varones y mujeres se evapora. El problema, entonces,

pasa a ser económico y ético: ¿cómo es que la responsabilidad por el trabajo impago recae sobre las mujeres?

En este sentido, resulta interesante observar qué sucede entre quienes se declaran inactivas, ya que allí se refleja el modo en que la maternidad –y los roles asociados a ella– aparecen como un límite incontestable para todos los grupos de mujeres. De hecho, casi siete de cada diez mujeres que no trabajan ni buscan hacerlo “prefieren dedicarse a criar a los chicos”, a lo que se agrega cerca de un 18% de mujeres con bajos niveles educativos y poco más del 12% de las más educadas que afirma “no tener con quién dejar a los chicos”. Entre los varones, no sólo el universo de quienes no trabajan ni buscan hacerlo es sensiblemente menor, sino que entre los motivos esgrimidos jamás se refieren a la cuestión del cuidado. No es difícil imaginar por qué...

Lo cierto es que, más allá de los aspectos culturales imbricados en el cuidado, existen condiciones objetivas poco favorables para la participación femenina en el trabajo remunerado, sobre todo para aquellas que cuentan con menores niveles educativos. Las investigaciones han demostrado que, entre las mujeres, las decisiones sobre trabajar o no hacerlo en parte dependen de las condiciones que encuentran en el mercado de trabajo (mucho más restringido y menos rentable para ellas) y también de los recursos con que cuenten los hogares para armonizar las responsabilidades del cuidado familiar y laborales (Faur, 2014; Cerrutti y Ameijeiras, 2016). Los datos de la ENES-Pisac arrojan luz sobre muchas de estas aristas.

En primer lugar, al momento de ingresar en el mercado laboral la desocupación femenina es bastante superior a la masculina. Pero además, entre ellas, es frecuente que a los períodos de ocupación se sigan otros de desempleo y/o de inactividad, alternando entre una situación y otra a lo largo de los ciclos de vida familiar e individual (sobre todo, para aquellas con menores credenciales educativas). En contraposición, las trayectorias masculinas son mucho más estables (Cerrutti y Ameijeiras, 2016).

Otro aspecto significativo en esta intermitencia se relaciona con el formato rígido del mercado laboral en términos de horarios, que parece presuponer un modelo de trabajador sin responsabilidades familiares asociadas, o, quizás, como en la película de Scola, un trabajador masculino de tiempo completo, que contaría con una mujer (su esposa) para ocuparse del quehacer doméstico. Al mis-

mo tiempo, la permanencia de estereotipos de género que definen roles, competencias y saberes diferenciados para varones y mujeres (con valorizaciones desiguales) contribuye a restringir el universo de inserciones laborales accesibles a las mujeres (Novick y otras, 2008; Faur y Zamberlin, 2008). En la población estudiada (adultos de la CABA y el Conurbano que conviven con hijos e hijas de hasta 14 años), vemos que el 62% de las mujeres con menores niveles de educación no cuenta con ningún tipo de autonomía en su empleo (no puede decidir los horarios de llegada y partida, ni tomarse un día libre sin perder remuneración, etc.). Esta situación apenas mejora entre las que tienen secundario completo, y sólo entre las profesionales universitarias varía de manera significativa (entre ellas, el 41% dice poder tomarse un día libre sin que afecte sus ingresos, mientras que el 37% no goza de ninguno de estos beneficios). Esta información revela la lógica de un mercado laboral que apenas se adapta a las necesidades del cuidado familiar. Las excepciones probablemente se encuentran entre las profesionales que trabajan de manera independiente, mientras que aún son escasas las empresas que incorporan modalidades de trabajo a distancia o “flexi-time” que permitan conciliar las responsabilidades laborales y familiares. Si pensamos que las mujeres con altos niveles educativos son quienes disponen de mejores oportunidades de empleo y mayores ingresos que sus congéneres menos educadas, no es difícil comprender por qué son ellas las que muestran mayores tasas de actividad. Por último, a las desigualdades estructuradas en los mercados laborales se suma una cuestión especialmente significativa para las mujeres: la relativa escasez de políticas estatales que permitan trasladar el cuidado familiar al espacio público (Faur, 2011, 2014; Rodríguez Enríquez y Pautassi, 2014). El canon maternalista, que establece la responsabilidad femenina en este aspecto, persiste en las imágenes de género, pero además, aquellas mujeres que prefieren optar por otra situación no siempre consiguen delegar el cuidado en otras personas o instituciones. Por un lado, las licencias parentales son aún muy limitadas para las mujeres y casi inexistentes para los hombres, trazando una pauta que parece presuponer que el sujeto de la conciliación entre familia y trabajo es “femenino”, es decir, que no es a ellos a quienes compete el cuidado (Faur, 2006). En este sentido, la Argentina muestra un importante rezago frente a otros países de la región (como Uruguay, por ejemplo) que asumieron el

cuidado como parte constitutiva de la protección social ofrecida por el Estado y revisaron, incluso, los formatos de licencias parentales (Batthyány, 2015; Blofield y Martínez Franzoni, 2014).

Si analizamos el acceso a servicios de cuidado, resulta claro que en los primeros años la atención de niños y niñas depende de contar con instituciones públicas, privadas o comunitarias que ofrezcan suficientes facilidades para recibirlos, contenerlos y educarlos. Los jardines de infantes y comunitarios son altamente valorados por las familias que acceden a ellos, en especial, en el ámbito de la CABA. Pero la asistencia de niños y niñas menores de 4 años a instituciones educativas (sean públicas, privadas o comunitarias) varía de manera significativa entre distintos sectores sociales (Faur, 2014). Según la información relevada en la ENES-Pisac, el 75% de los niños menores de 4 años que vive en hogares en los que el/la principal sostén tiene secundario incompleto, no asiste a ninguna institución. En el otro extremo, para aquellos que viven en un hogar cuyo principal sostén tiene educación universitaria completa la situación es prácticamente la inversa, pues sólo el 33% no asiste a institución alguna. Está claro que, en la medida en que la oferta estatal no resulta suficiente, la mayor disponibilidad de recursos económicos gravita de manera decisiva al momento de externalizar el cuidado. De hecho, más del 49% de los niños que provienen de hogares con mejor nivel educativo asiste a un jardín privado. En el caso de los hogares en los que el principal sostén no alcanzó a terminar los estudios secundarios, esa proporción es menor al 5%. Pero además, las distintas jurisdicciones ofrecen servicios diferentes y coberturas disímiles. A punto tal que, si se analiza la asistencia de los niños y niñas de la CABA, el acceso a jardines públicos y privados es superior al del Gran Buenos Aires, mientras que en el Conurbano hay más oferta de servicios comunitarios que en la CABA.

¿Qué sucede cuando observamos la participación (y la dedicación) de hombres y mujeres en el ámbito doméstico? Aquí la proporción se invierte, y la brecha entre la participación doméstica de unos y otras es aún más amplia que la observada en la participación laboral. El 95% del total de las mujeres refiere participar en actividades de limpieza y organización de la casa. En cuanto al cuidado, cerca del 76% de aquellas con secundaria completa y más participan de este tipo de tarea, proporción que alcanza al 85% de las mujeres con niveles educativos más bajos. En el caso de los hombres, es intere-

sante notar que, si bien es mucho menor la participación masculina en ambas tareas, ellos dicen participar más en el cuidado de niños (alrededor del 75% para aquellos con menor educación, y 56% para quienes tienen más) que en las tareas del hogar (alrededor del 47% en ambos casos). Estos datos dan cuenta de mayor disposición para modificar sus comportamientos como padres que como corresponsables de las tareas domésticas. Es probable que esto se deba a la creciente valoración que el rol paternal adquirió socialmente.

En todo caso, la dedicación masculina en ambas actividades apenas supera las diez horas semanales, mientras que en las mujeres, una vez más, se observan diferencias sociales. Para quienes cuentan con niveles de educación más bajos, la inversión semanal promedio alcanza las veintisiete horas, y para aquellas con niveles educativos más altos, dieciocho. Las brechas saltan a la vista, y permiten afirmar que, aun cuando los hombres estén participando, lo hacen en menor medida que ellas y en actividades seleccionadas.

Los datos dan cuenta de las recíprocas interacciones entre ambos mundos. Como en un círculo vicioso (o envidado), si las mujeres trabajan menos horas de manera remunerada es porque dedican más tiempo a las tareas domésticas y de cuidado. A la vez, sus responsabilidades domésticas condicionan su participación laboral. En los hechos, casi el 80% de los niños y niñas de hasta 12 años pasa la mayor parte del tiempo (entre lunes y viernes) con su madre, y menos del 8%, con su padre. Esta relación sólo presenta variaciones en el caso de hogares con mayor capital cultural. En aquellos en que el/la principal proveedor/a tiene formación universitaria, hay un pequeño incremento de la permanencia con los padres (15%) y comienza a pesar la participación de las empleadas domésticas (el 7% de los niños de estos hogares permanecen la mayor parte del tiempo con trabajadoras del servicio doméstico). Más allá de las condiciones objetivas que inciden en la organización de estos tránsitos, en aquellos hogares con menores recursos sólo el 4,9% refiere dificultades para organizar el cuidado de niños y niñas menores de 4 años, mientras que la incidencia se triplica entre quienes cuentan con mayores niveles educativos. La escasa mención sobre dificultades que señalan los hogares más desaventajados puede relacionarse con que en estos hogares, como vimos, la mitad de las mujeres no participan en el mercado laboral, mientras que en aquellos con mayores recursos también se observa mayor participación femenina en el mercado.

Entre los hogares que dicen enfrentar dificultades para el cuidado, el principal problema es no contar con familiares o vecinos que puedan ocuparse del cuidado. Sin embargo, entre los sectores más educados la referencia a no disponer de servicios públicos de cuidado adquiere una proporción significativa (17%), lo cual, entre los sectores populares apenas supera el 4%. Sin embargo, como señalamos, este grupo es el de menor acceso a los servicios de cuidado. Aunque esta situación parezca paradójal, en realidad, no lo es: en investigaciones previas, hemos observado que las mujeres que viven en barrios con menor oferta de servicios públicos son también las que menos conciben la posibilidad de externalizar el cuidado por la vía de las instituciones educativas. En este aspecto, la mayor demanda de jardines que se observa en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) es un indicador de que allí donde hay mayor presencia institucional también se incrementa la presión para acceder a estos servicios. O, en otros términos, que la oferta de servicios tracciona su demanda y no a la inversa (Faur, 2014).

Lo visto hasta aquí permite subrayar la importante distancia que, en términos de género, aún persiste en las contribuciones de hombres y mujeres en el ámbito laboral y en el trabajo doméstico y de cuidado no remunerado, así como la relativa carencia de las políticas públicas para contribuir a una mayor igualdad en este aspecto. Cabe señalar que el concepto de “trabajo doméstico” para referirnos a las responsabilidades familiares cuestiona la idea de que en el cuidado familiar no habría “trabajo”. Noción que encierra cierto mandato moral en función del cual las mujeres cuidan (además de asear la casa, la ropa, organizar y preparar las comidas o, como mínimo, gestionar todas estas tareas) sólo “por amor”. Una cosa no quita la otra, pero tampoco –necesariamente– la implica. Basta con reconocer el creciente traslado al mundo “público” y a la esfera remunerada de un conjunto de servicios que solían circunscribirse al universo doméstico: el cuidado personal, la alimentación, el lavado de ropas, la atención de niños y de personas mayores. Se trata de contribuciones vitales para el funcionamiento de la economía que, como vimos, colocan a las mujeres en una situación de desventaja relativa al acercarse al mercado laboral.

En definitiva, los interrogantes que estos datos inspiran son: ¿de qué manera se posicionan hombres y mujeres frente a su participación laboral y familiar? Y, más precisamente, ¿cómo se forja un

criterio que considera justo y natural la delegación de una carga desproporcionada de las tareas domésticas y de cuidado sobre las espaldas de las mujeres, aun cuando ellas asumen el rol de trabajadoras? Creemos que en esta mirada se encierra un conjunto de mitos y prejuicios acerca de las masculinidades y feminidades, cuya erosión resulta indispensable para avanzar hacia una distribución igualitaria.

EXPERIENCIAS COTIDIANAS DE MUJERES

Mediante la exploración cualitativa podemos distinguir los itinerarios masculinos y los femeninos de quienes pertenecen a las clases medias y a los sectores populares, e indagar no sólo la manera en que los sujetos organizan las actividades laborales y las responsabilidades del cuidado en su experiencia cotidiana, sino también los significados que les atribuyen. Veamos algunas trayectorias femeninas. Gabriela tiene 38 años, vive en un departamento amplio, en el barrio de Belgrano, con su pareja y sus tres hijos: el mayor de 11 años y dos mellizos de 5. Es abogada y trabaja desde hace casi dos décadas en la misma empresa. Esa inserción profesional particularmente estable es una dimensión central en la forma en que da cuenta de su itinerario. Es, en primer lugar, un espacio de valorización personal importante, que cristaliza una movilidad social ascendente. Es también una fuente de tensiones ineludible a la hora explicar la organización de su vida cotidiana, vinculada a las dificultades para compatibilizar ese empleo con las responsabilidades familiares.

En su relato, se trata de tensiones sin resolución: implican una gestión que se define día a día, un equilibrio alcanzado siempre a medias. Y ello pese a los numerosos recursos que Gabriela puede movilizar y que, como veremos, diferencian fuertemente su experiencia de la de las mujeres de sectores populares. Todos sus hijos asisten a la escuela; todos fueron a una guardería. Además, Gabriela tiene la ayuda ocasional de su madre y, desde el nacimiento de su primer hijo, contrata a una trabajadora doméstica, que se desempeña “cama adentro” en el momento en que realizamos las entrevistas. Ella califica su presencia como una “necesidad”:

Yo necesito que esté... a mí me llega a faltar y me muero. Ha pasado, porque a Eli [la trabajadora doméstica que contrata] se le enfermó el hijo o algo... y nada, tengo que llamar a mi mamá, que venga urgente, pero vive en Morón entonces todo es un trastorno, el viaje. Yo no puedo faltar, tengo que fichar a las ocho y media, tengo que estar. Yo si los tengo que dejar enfermos [a los hijos], los dejo medicados y se queda mi mamá. No puedo faltar, tengo que ir sí o sí. Aparte te hacen el recuento los días que faltaste o te llaman la atención. O sea, tiene que haber alguien porque yo no estoy, yo me voy.

Gabriela forma parte del porcentaje más reducido de mujeres con altos niveles educativos insertas en puestos de trabajo que no ofrecen ninguna elasticidad y dificultan su articulación con las responsabilidades domésticas. En su experiencia, esta escasa flexibilidad se compensa con la contratación de servicios de cuidado a los que puede acceder, como muchas otras mujeres aventajadas, por su poder adquisitivo.

Aun así, las tensiones para compatibilizar las responsabilidades del cuidado y las laborales no pueden resolverse más que de manera inestable y provisoria: es una cuestión de presencias (y ausencias), anclada en la imposibilidad de estar al mismo tiempo en dos lugares. Según nuestras entrevistadas, esta presencia *femenina*, como una exigencia básica y primaria del cuidado, es recurrente. Gabriela afirma varias veces a lo largo de la entrevista que con su actual pareja, el padre de sus dos hijos menores, son “un equipo” y comparten buena parte de las tareas hogareñas. Sin embargo, en cuanto brinda algún detalle de la organización cotidiana la figura masculina se desdibuja: es finalmente ella quien “no está”, quien tiene que llamar a su madre cuando Eli no puede llegar al trabajo, quien “tiene que dejar” a sus hijos, aunque estén enfermos. Ella dice: “Es como una musiquita, todo tiene que estar organizado”.

El trabajo de las mujeres fuera del hogar deja una ausencia, que debe “llenarse” con otras presencias, también femeninas. Como en los casos de las mujeres de sectores populares, aquellas de clase media también recurren a redes familiares y de proximidad: sobre todo a las madres y suegras. Sin embargo, el apoyo en estas redes familiares suele ser secundario frente a servicios mercantilizados. Esos

servicios tienen una incidencia importante en el presupuesto familiar, son calculados, comparados, sopesados en función de criterios económicos y también de lo que es el “buen” cuidado. En el caso de Gabriela, contratar a una trabajadora doméstica es conveniente porque “sale más barato que pagar el comedor de los chicos y la tintorería”, mientras que los jardines de infantes son preferibles para “que los chicos estén con chicos, que estén con profesionales y no mirando la tele o jugando a la *play* todo el día”.

Numerosos estudios han destacado que el acceso a estos servicios mercantilizados contribuye a reproducir la distribución desigual de las responsabilidades domésticas entre varones y mujeres al atenuar los conflictos al interior de los hogares (Chaney y García Castro, 1993; Devetter, 2013). Eso no impide reconocer que su existencia cambia radicalmente la experiencia cotidiana de muchas mujeres y amplía de manera considerable sus márgenes de maniobra y su capacidad de elección: tanto en relación con los empleos (exigentes en términos de extensión de las jornadas laborales y la intensidad del ritmo de trabajo) a los que pueden acceder, como de los criterios de cuidado que aspiran para sus hijos. La cotidianeidad de las mujeres de sectores populares, en este sentido, presenta aristas muy diferentes.

Sin embargo, si hoy el trabajo de las mujeres está ampliamente aceptado y legitimado, si logra constituir una fuente importante de valorización personal –como en el caso de Gabriela–, en las clases acomodadas esta imagen convive (y contrasta) con otras en las que los hombres siguen siendo los proveedores del hogar, las mujeres se ocupan de los chicos sin tensiones (probablemente con varios recursos y servicios a disposición) y no se cuestiona la tradicional división sexual del trabajo.

Cuando vivíamos en el *country* era muy complicado, porque los dos laburábamos en capital. No podíamos llevar los chicos a los cumpleaños, ir a los actos del colegio; si nos llamaba la maestra, ¿cuándo íbamos a ir? Allí muchas madres no trabajan. Viven en el *country*, están ahí y hacen ellas el *pool* y “ay, te paso a buscar y tomamos un tecito”. Y no, no era mi realidad. Vivía en el *country*, pero era todo superficial. Tenía que ir a laburar, no era “la señora de *country*”. Generalmente las que viven en el *country* no hacen

un pedo, el marido es el que banca todo, el que va y viene. A mí me gustaba la casa grande, el parque, los chicos jugando fuera, el perro... Era como la familia Ingalls. Pero no era para nosotros.

Pese a la importancia que le asigna al ámbito laboral en su itinerario, pese a que Gabriela ancla allí el argumento de un ascenso individual y familiar central en su historia, también lo considera como el punto de diferenciación respecto de los roles femeninos extendidos entre sus vecinas (“las señoras del country”). Su relato da cuenta de la diversidad de enfoques relativos al trabajo y al cuidado observables en un mismo contexto que, finalmente, esconde diferencias de clase. Mientras que ella se asume como una trabajadora comprometida con su profesión (“patea tribunales” y sabe que su ingreso es vital para el bienestar familiar), es crítica de las mujeres que “no hacen un pedo”. En todo caso, el hecho de participar de ambos espacios no la libera de su responsabilidad de lograr que “todo esté organizado como una musiquita”.

* * *

Amalia trabaja como mucama en un hotel de diseño en el centro de la ciudad. Nació en Jujuy, su primer empleo, “cama adentro” en una casa de familia, lo consiguió a los 14 años. Se casó joven y dejó el trabajo. Tuvo tres hijos y cada nacimiento supuso un sinfín de arreglos familiares, alternando entre períodos de inactividad, con el nacimiento de sus hijos, y vueltas al servicio doméstico en cuanto le era posible. Su pareja jamás se opuso a que Amalia trabajara porque “la plata no alcanzaba”. Las guarderías le generaban desconfianza. Nunca las buscó. Cuando se separó, se mudó a Buenos Aires junto con sus hijos. Ella mantenía el hogar y los hijos mayores quedaban, con frecuencia, a cargo de la hija menor. Amalia dejaba las comidas preparadas, el portón con llave y las pautas de seguridad establecidas. Dice que le “costó” mucho acostumbrarse a dejarlos sin un adulto a cargo, aunque, por suerte, nunca pasó nada grave (un robo, un abuso). Lo cierto es que ella era el sostén del hogar, los parientes habían quedado en Jujuy y los recursos no alcanzaban para contratar servicios que suplieran el cuidado familiar.

Al momento de esta entrevista, Amalia vive en Florencio Varela, se despierta a las cuatro de la mañana para salir a las cinco y entrar a las siete en el hotel. Al regreso, suma otras dos horas de viaje. La hija menor, que asiste a la escuela primaria, le reprocha que casi nunca consigue buscarla en horario a la salida del colegio y rara vez concurrir a un acto escolar: sólo cuando coincide con algún franco. Pero a los 37 años, es la primera vez que tiene un trabajo “en blanco”. Retomó el secundario, en una escuela nocturna, porque “no quiere trabajar toda la vida como mucama”. Su ex marido “colabora” con dinero sólo cuando puede, mientras que su dedicación al cuidado es poco menos que marginal (a lo sumo, una visita corta durante el fin de semana). Como miles de mujeres, Amalia hace malabares para atender a su familia, cumplir con su empleo y estudiar. Acumula cansancio y culpas sobre su cuerpo. Pero estas responsabilidades (y costos) las vive como parte de una “normalidad” que sólo podrá superar cuando obtenga un diploma secundario y esté preparada para conseguir un trabajo mejor.

En la trayectoria de Amalia se manifiestan las tendencias que revelan los datos estadísticos analizados en el apartado anterior. Como en el caso de la mayoría de las mujeres, su historia laboral, sus recorridos, sus interrupciones y orientaciones no pueden restituirse sin prestar atención a su historia familiar. Las diferentes etapas del ciclo de vida familiar reconfiguran la manera en que se posiciona en el mundo del trabajo. Como muchas otras mujeres de sectores populares con las que conversamos, Amalia se retira del circuito laboral al momento del casamiento y, sobre todo, con la llegada de los hijos. Estas interrupciones, que se pueden extender por varios años, implican intensas negociaciones al interior de los hogares. Además, están fuertemente condicionadas por lo que sucede en el mercado de trabajo, pues dependen de la situación laboral de los cónyuges y sus niveles de salario, pero sobre todo del tipo de inserción laboral a la que pueden acceder las mujeres de bajos niveles educativos: se trata de ocupaciones informales, que ofrecen muy poca flexibilidad en la compatibilización con las responsabilidades domésticas, cuyas bajas remuneraciones no permiten costear servicios mercantilizados del cuidado de niños.

Analizar la relación entre la vida familiar y la laboral como un objeto social con peso propio, desde la experiencia de los sujetos, implica poner en primer plano los arreglos que construyen en el

día a día. Se trata de arreglos muy costosos, que exigen importantes resignaciones. Entre las mujeres de sectores populares, la organización se planifica dentro de márgenes de elección muy estrechos, dados los pocos recursos que pueden movilizar para coordinar familia y trabajo y la escasez de servicios colectivos, públicos o comunitarios. En todos los casos, estos arreglos dependen de la extensión de las redes familiares y de proximidad con que cuenten las mujeres, de la posibilidad de delegar en otros miembros de la familia (mujeres en general, hijas mayores, madres y suegras, hermanas, tías) parte de las responsabilidades del cuidado. Esas redes están hechas de solidaridades, apoyos y ayudas mutuas, pero también de conflictos y dependencias.

Aun cuando reconozcamos contrastes en las experiencias de Amalia y Gabriela, que se reflejan también en las estadísticas que analizamos, observamos que la moralidad adscripta a sus relatos no resulta tan disímil. En ambos casos, así como en las narraciones de otras mujeres entrevistadas, gran parte de las tensiones que surgen al tratar de compatibilizar esos espacios está relacionada con la negociación de valores e ideales de género. En el caso de Amalia, privilegiar su empleo formal como mucama de hotel implica actuar en contradicción con lo que ella considera un buen cuidado para sus hijos, que la tendría como protagonista de su provisión. Y, a la inversa, en el caso de otras mujeres con las que conversamos, asegurar el cuidado de los hijos y de otros miembros del hogar las conduce a insertarse en puestos de baja calidad, con horarios reducidos o en modalidades “por horas”, que permiten adaptarse mejor a las responsabilidades familiares. Si seguimos el análisis de Caroline Ibos (2012), estas negociaciones pueden pensarse en términos de conflictos morales. Al igual que muchas otras, Gabriela y Amalia inscriben sus actos en función de categorías ordinarias del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, que son categorías construidas social y culturalmente. Cuando Gabriela cuenta que, para trabajar, tiene que “dejar” a sus hijos aunque estén enfermos, o Amalia, que “le costó acostumbrarse dejar a los suyos solos”, ambas se refieren a una contradicción moral que nace de la confrontación con ideales femeninos cargados de definiciones sobre lo que está bien y lo que está mal. Para Ibos, la incertidumbre y la negociación moral pueden pensarse como criterios a través de los cuales es posible medir la dominación social: a mayor poder social,

menos se experimenta la contradicción moral. Recorrer la perspectiva de los hombres contribuirá a profundizar esta hipótesis.

EXPERIENCIAS MASCULINAS

En las narraciones de los hombres que tienen hijos y trabajan de manera remunerada, la casa y el empleo se interrelacionan de manera distinta. Como se desprende de la alta tasa de ocupación que analizamos antes, en una mayoría aplastante, las trayectorias laborales de los hombres se establecen como un *continuum* en función del cual cada decisión (y cambio de rumbo) se realiza de acuerdo con la proyección de su carrera, o bien, con adaptaciones a contextos macroeconómicos y oportunidades más o menos (des)favorables. También incide el mandato que posiciona a los varones como “principal sostén” (aunque casi un tercio de los hogares cuenta con una mujer en ese rol). Pero, al hilar fino, ni las etapas transcurridas en la vida familiar, ni las necesidades de atención de hijos e hijas, ni los cambios en su situación conyugal aparecen como una variable de ajuste en cuanto a su participación en el mercado laboral. El tiempo y el espacio destinado al universo productivo se establece como un coto cuasisagrado. La relación con el mundo de la domesticidad consiste en operar como fuente de ingresos, en intentar llegar al hogar no tan tarde por el “placer” de ver a los chicos antes de que se duerman, o bien, entre quienes participan de ciertas tareas domésticas o de cuidado para “ayudar” en los estrechos márgenes del día. Casi nunca destacan en sus relatos que hayan tenido que “optar” o “priorizar” entre familia y trabajo, menos aún, haber resignado ingresos o formas de inserción laboral a cambio de disponibilidad para atender a los hijos.

Ello no significa que todos los hombres se perciban ajenos por completo al universo doméstico, como señala Volnovich en este volumen, sino que rara vez se asumen como responsables (o corresponsables) del aceitado funcionamiento familiar durante sus relatos. En este sentido, vale la pena explorar cómo piensan ellos la interacción entre familia y trabajo, así como identificar los espacios en los que se presentan algunas transformaciones de la pauta tradicional, expresada en el protagonista de Scola.

Luis es un diseñador gráfico de 45 años, que siempre trabajó por su cuenta y sólo en los últimos años se sumó a una agencia de publicidad donde dirige el área de arte. Su primer empleo sistemático y formal es el que tiene en el momento de la entrevista. La flexibilidad en el horario constituyó una dimensión gravitante a la hora de definir si ingresaba o no, y permite establecer las pautas acerca de qué significa para Luis tener un buen trabajo: un espacio donde pueda sentirse cómodo, que le resulte placentero y donde “no lo jodan”, y que “encima” le paguen. Estos requisitos, los encontró en la empresa donde está ahora. Luis cambió la modalidad *freelance* por el empleo seguro, no sin antes haber sopesado las condiciones de la tarea *vis-à-vis* sus deseos y su forma de ser. Y punto. A diferencia de las experiencias femeninas, la relativa flexibilidad en la administración de sus tiempos no se vincula con una estrategia para responder a demandas cruzadas, sino estrictamente con un bienestar subjetivo. Él señala que disfruta tanto de lo que hace que, cuando llega a su casa, continúa en la labor, muchas veces hasta las tres de la mañana, porque además de la agencia tiene algunos clientes particulares.

Luis está casado con una docente de plástica. Juntos tienen una beba de 8 meses. Esta situación apenas interfiere en la organización de su trabajo remunerado y de su vida cotidiana. Ante la pregunta acerca de cómo articula los tiempos entre la vida laboral y el cuidado de los hijos en el hogar, su respuesta fue concisa y contundente: “Uno delega en la mujer que se ocupe del hijo. Pero también hay un tiempo que te saca a vos, tiempo laboral, de estar con otra gente”. A diferencia de Gabriela, para quien los rígidos horarios del estudio de abogados operan de modo tal que “tenga que dejar” a sus chicos cuando están enfermos, Luis trastoca los términos de la ecuación: el hecho de estar con los hijos “te saca tiempo laboral” y de sociabilidad.

Luis descansa en la supuesta “incondicionalidad” que las madres tienen para con sus hijos, y que parece parte del orden natural de las diferencias sexuales y de las desigualdades de género: “Lo que pasa es que, cuando tenés un hijo, la mujer es como que está incondicional, las veinticuatro horas con el bebé”. Sin dejar de reconocer que esa situación “puede demorar o retardar” el crecimiento laboral de su compañera, no la concibe como una fuente de tensiones para ella, quien “puede demorar cualquier cosa porque primero está el

hijo”. Una aceptación sin fisuras de las formas de establecer prioridades (presuntamente femeninas) se suma a la rotunda afirmación de su autonomía personal para conformar, en conjunto, el marco de principios y representaciones que lo eximiría de las responsabilidades del cuidado.

Como señala Tronto (2015), el ejercicio continuo de cuidar permite desarrollar una serie de habilidades durante su ejecución. Nos vuelve atentos, responsables, competentes y sensibles. Se trata de una especialización que no es innata, sino desarrollada en el hábito mismo de la tarea. Pero su contingencia se desdibuja en los relatos masculinos, que observan en estas destrezas una suerte de disposición femenina “natural”. A su vez, el cuidado implica compromisos morales y valorativos, cuya asunción no está dada de antemano. En otros términos, siguiendo a Tronto, la mera existencia de una necesidad de cuidado no establece a priori quién será el sujeto encargado de hacerla.

En términos generales, los varones entrevistados dan cuenta de una significativa ajenidad respecto de la responsabilidad moral (y material) del cuidado. En el caso de Luis, la llegada de su hija no sólo implicó mínimos ajustes en su vida cotidiana, sino que además contribuyó a reducir su participación en actividades domésticas que solía compartir con su pareja. Ella, por su parte, renunció a uno de sus empleos como docente y postergó la licencia en otra de las escuelas: “Ella ahora tiene un poco más de tiempo para hacer cosas que yo antes hacía, por ejemplo, ir al supermercado”. Su propia contribución como padre se limita a una mañana por semana, cuando ella sale temprano para el trabajo. Entonces, él atiende a la nena, hasta que lo reemplaza su madre (la abuela de su niña) y puede irse a la oficina a las diez. Los “saberes” domésticos de las mujeres, tallados durante siglos como parte constitutiva de las relaciones sociales, parecen justificar esta especialización de tareas, aun cuando la arquitectura concomitante se haya diluido de forma acelerada, con la amplia incorporación femenina al mercado laboral. Lo que queda en suspenso son las necesidades y deseos de las mujeres, que se asumen como parte de decisiones racionales o bien, afectivas, que forman parte de un orden que no perciben como cultural sino como biológicamente asignado.

En contraposición, para los varones entrevistados, el trabajo remunerado es una prioridad –poco alterada por los vaivenes del ci-

clo de vida familiar— en la organización diaria (Faur, 2004, 2014). Representa una responsabilidad y un deber insoslayable, pero también una fuente de poder y la oportunidad de ampliar sus redes de sociabilidad. En consecuencia, la posibilidad de no desempeñarse con éxito en el ámbito del trabajo remunerado constituye una particular fuente de tensiones y de conflictos que también se inscriben en categorías morales, en categorías ordinarias del bien y del mal, de lo justo y lo injusto. Estos conflictos se hacen particularmente intensos en momentos de desempleo; nacen de la contradicción entre esa experiencia y el rol ideal de proveedor que los hombres están llamados a cumplir en sus propios hogares. Es el caso de uno de nuestros entrevistados, Gastón, casado, padre de tres hijos que, al momento de las entrevistas, era gerente de sistemas en una aseguradora de riesgo de trabajo (ART). Durante nuestra conversación, la primera vez que el relato de su trayectoria profesional se interrumpe para hacer referencia a su vida familiar es cuando da cuenta de un período de desempleo, a fines de los años noventa: “¡Fue difícil conseguir trabajo en ese momento y con un chico de 3 años, imagínate!”.

¿Qué ocurre en los casos de aquellos que reivindican una participación intensa en las tareas del cuidado en sus hogares? Está claro que no se trata de un grupo mayoritario. Sin embargo, cabe mencionar algunos ejemplos de este tipo. Eduardo, de 46 años, es ingeniero en sistemas, trabaja en una empresa de diseño de *software* y tiene seis hijos: la mayor, de 20, y el menor, de 2. Su compañera es psicóloga, pero nunca ejerció, y desde hace unos años tiene un emprendimiento de confección de juguetes artesanales. Eduardo siempre privilegió a su familia: “Con seis hijos, no se puede ser un padre dedicado y un profesional exitoso”, aclara. Por eso, hace algunos años, redujo su jornada laboral de ocho a seis horas. Esa reducción implicó “arduas negociaciones” con sus empleadores y es, en la práctica, difícil de sostener dado que no siempre logra dejar la oficina a las tres de la tarde, cuando todos sus colegas siguen trabajando.

La decisión de Eduardo lo enfrentó a un obstáculo difícil de franquear: tanto en la legislación laboral como en la lógica empresarial, el universo laboral del que participan los hombres es ajeno a toda consideración sobre sus responsabilidades de cuidado familiar. En la casa, a su vez, esos horarios son a menudo fuente de conflictos con su esposa: “Ella tiene que esperar a que yo vuelva para empezar

a trabajar”. Pese a su jornada reducida, su empleo es una prioridad para el grupo familiar: se trata del único ingreso seguro y estable, y el que les brinda acceso a una obra social. Las negociaciones y conflictos en torno a la distribución del trabajo doméstico y del cuidado en los hogares están fuertemente influenciados por las condiciones más ventajosas que los varones (en particular, aquellos con altos niveles de educación) encuentran en el mercado de trabajo: empleos más estables y protegidos, con mayores salarios.

Incluso entre aquellos de sectores populares, con menores niveles de educación formal e inserciones laborales de menor calidad (que los enfrentan más frecuentemente a períodos de desempleo), las condiciones de trabajo son más ventajosas que las femeninas, y las pautas de organización familiar (que establecen el cuidado como una responsabilidad “de ellas”) se mantienen intactas. Es el caso de Fernando, de 51 años, que vive en Morón, en el Conurbano bonaerense, junto con su pareja y sus tres hijos de entre 12 y 19 años. Desde los 15 trabajó como albañil y techista, pero hace unos años decidió “cambiar de rubro” por la inestabilidad del sector y porque “ya no le da el físico”. Cuando lo entrevistamos trabajaba en la cocina de una parrilla, con horarios que se extendían hasta bien entrada la noche. Ese cambio en su trayectoria laboral es motivo de conflictos: “Mi señora se queja porque no estoy nunca”, comenta. No obstante, esta organización doméstica está tan naturalizada como entre los varones de sectores más acomodados, a tal punto que fue su pareja quien renunció a su trabajo fijo en la CABA, como empleada doméstica, para tomar empleos “por horas”, más inestables y peor pagos, pero dentro de los límites del barrio donde viven. En general, para los varones entrevistados la relación entre la vida laboral y familiar resulta mucho más (infinitamente más) armónica que para ellas. En los pocos casos en que esta articulación se presenta como problemática, el conflicto no es tanto una incompatibilidad entre sus propias responsabilidades laborales y familiares, como un conflicto “con” sus parejas. Así, en las prácticas y experiencias masculinas, esta relación entre el universo del trabajo y el doméstico está mediada por una presencia femenina, que en su “incondicionalidad” absorbe las exigencias cruzadas y amortigua el impacto que los cambios en las trayectorias laborales pueden suponer en la vida del hogar (y viceversa). Y es también esa figura femenina la que asume gran parte de los costos asociados a la contradicción moral que puede surgir

cuando la organización doméstica se distancia de los valores ideales más tradicionales.

La importancia de esta figura femenina de mediación entre la vida laboral y familiar de los varones se hace más evidente cuando está ausente. Un entrevistado de sectores populares, Omar, expone la contracara de la división sexual de tareas, por haberse encontrado compelido a hacerse cargo de sus tres hijos cuando su pareja lo dejó. Para Omar, esta nueva organización rompe los patrones establecidos, dado que antes era su compañera quien se ocupaba de los niños, sin tener él que pensar siquiera en su cuidado: “Se me despelotó todo... Porque era mi señora la que se encargaba de todo eso, mientras yo trabajaba. Pero, al irse ella, me quedé en ascuas... Me convertí en un amo de casa, y a la vez trabajo... Me cuesta un montón”. Los chicos, de 6, 4 y 2 años, quedan solos durante horas, a veces a cargo de la hermana mayor, a quien caracteriza como “una mamá”. Los precarios recursos con que cuenta Omar no le permiten contratar a una persona para que se ocupe de sus chicos. Cada tanto, le pide a una vecina que “los mire”, pero aclara que “mucho no le puede pedir porque no le paga”. No consigue vacantes para escolarizar al menor en un jardín público. Él admite sentirse “discriminado” por los planes sociales, que sólo “les dan a las mujeres”. Mientras que las mujeres populares que son jefas de hogar, como Amalia, naturalizan el hecho de atender todos los frentes de manera simultánea, es evidente la perplejidad de Omar ante una situación similar.

Su relato se distancia de la mayoría de las narrativas masculinas y se organiza en torno a las mismas problemáticas que destacamos en las trayectorias femeninas analizadas: las dificultades cotidianas para asegurar el cuidado de niños pequeños y sostener un empleo a tiempo completo y estable; la importancia de las redes familiares y de proximidad en las estrategias de compatibilización; la insuficiencia de las instituciones públicas o comunitarias de cuidado accesibles a los sectores de menores recursos, que no pueden costear servicios mercantilizados. Conflictos como el de Omar (que los modelos de género definen como “típicamente” femeninos) muestran el peso de las desigualdades de clase y los condicionamientos estructurales (la rigidez del mercado de trabajo o los patrones “familiaristas” de organización del cuidado) en la manera en que hombres y mujeres organizan la relación entre la vida laboral y doméstica.

Así, notamos que, aun en los casos en que los varones se involucran en las responsabilidades de cuidado, el trabajo femenino se subordina al masculino y el rol de “padre dedicado”, al de proveedor.

CONSIDERACIONES FINALES

La mirada simultánea sobre la familia y el trabajo nos permitió comprender los cambios y las permanencias de determinados patrones de género. Los datos confirman que, a pesar de la creciente presencia femenina en la población económicamente activa, la participación de varones y mujeres en el trabajo no remunerado continúa siendo profundamente desigual. Como señalaba Coltrane (2000), las transformaciones en la división sexual del trabajo han mostrado que las creencias acerca de los papeles apropiados para hombres y mujeres se han modificado en el ámbito público en mayor medida que las imágenes relacionadas con la esfera doméstica, así como las imágenes acerca de quiénes deben realizar el trabajo no remunerado han cambiado más aceleradamente que las prácticas efectivas.

La manera en que se definen estas prioridades depende, sin duda, de determinados estereotipos y mitos de género —como “las mujeres son las más aptas para cuidar”, o “las mujeres tienen instinto maternal” (Faur y Grimson, 2016)—, que derivan en determinados acuerdos entre unos y otras al interior de los hogares, pero también definen los recorridos familiares e individuales de ambos géneros.

Lo que vemos es que la forma en que se concibe y se experimenta la relación entre la vida familiar y laboral no sólo muestra desigualdades entre varones y mujeres, sino que dentro de cada género varía en función de sus niveles sociales y educativos, de los recursos disponibles y de los contextos en que desarrollan sus vidas. La menor participación laboral de las mujeres, en general, y de las más desaventajadas, en particular, se vincula con el peso que aún tiene la creencia según la cual ellas son las principales responsables del cuidado. Esta situación se articula con las peores condiciones de trabajo que tienen las de menor nivel educativo, que se expresa en la precariedad laboral y en los salarios bajos, tanto como en la poca flexibilidad para organizar tiempos de trabajo. Pero en esta dinámica pesa, también, la escasez de servicios de cuidado que permitan

delegar parte de la atención de los niños (al punto que para muchas de ellas no es siquiera una posibilidad). De hecho, el 75% de los niños menores de 4 años que viven en hogares cuyo principal sostén tiene hasta secundaria incompleta no asiste a ninguna institución educativa ni de cuidado, mientras que en los hogares más aventajados la inasistencia apenas llega al 30%.

En este contexto, la necesidad de conciliar responsabilidades familiares y laborales está más presente en las narrativas femeninas que en las masculinas. Entre ellas, se reconocen una serie de negociaciones, pequeñas renunciaciones, tensiones y arreglos inestables para intentar, con enorme esfuerzo, sostener el mejor equilibrio posible entre estas esferas, como si se tratara de expertas “malabaristas”, en busca de que nada se desmorone (Faur, 2014).

La legitimidad de su participación en el trabajo remunerado se confronta a (y es permanentemente negociada con) criterios de la feminidad y la maternidad que hacen de la presencia de mujeres un requisito primario del cuidado (o mejor dicho, del “buen” cuidado). Estas negociaciones morales y las prácticas asociadas a ellas (desde asumir la ausencia hasta suplirla con otra presencia femenina) pueden pensarse como uno de los nudos más conflictivos de las estrategias que las mujeres ponen en práctica ante las necesidades de conciliar la vida familiar con la laboral. Una tensión que también traza fronteras de diferenciación entre mujeres. En el caso de los varones, estos conflictos morales aparecen mediados por el mercado de trabajo: porque ser un buen padre es también (¿sobre todo?) ser un buen trabajador. Prácticamente, no hay “ausencias” que deben suplirse. Estos conflictos están sin duda asociados a la permanencia de modelos de género tradicionales, pero también a las características de un mercado de trabajo que se define como autónomo y considera a los trabajadores como “liberados” de las responsabilidades vinculadas a la reproducción social. En última instancia, si bien se alteraron los límites entre los dos universos que la película de Scola presentaba como irreconciliables, sus fronteras aún no han llegado a diluirse.